*GUILLERMO DÍAZ-PLAJA*

# LA SOLEDAD CAMINANTE

POEMAS DEL NORTE DE AMÉRICA

EDICIÓN
ÁNGEL CAFFARENA

*Málaga, 1966*

PUBLICACIONES DE LA LIBRERÍA ANTICUARIA DEL GUADALHORCE - CÁRCER, 6

# LA SOLEDAD CAMINANTE

*GUILLERMO DÍAZ-PLAJA*

# LA SOLEDAD CAMINANTE

POEMAS DEL NORTE DE AMÉRICA

EDICIÓN
ÁNGEL CAFFARENA

*Málaga, 1966*

PUBLICACIONES DE LA LIBRERÍA ANTICUARIA DEL GUADALHORCE - CÁRCER, 6

Depósito Legal: MA 184-1966.

Autor: Guillermo Díaz Plaja.

Gráficas "San Andrés"
Alonso Cano, 4
Málaga, 1966

*—¿"Poesía*
*comprometida"?*
*—Sí: con ella misma;*
*con una noble tradición retórica;*
*con una tierra*
*que albergó su sueño.*

*Ya es bastante.*

# I. LA SOLEDAD CAMINANTE

## 1

Salta, verso primero, y cumple, augural, tu destino:
prepara el cauce abierto de la palabra pura.
Di
—como puedas— la soterrada herida, sin reflejo de sangre,
que me conduce al hondo desasosiego.

... Todo es claro. Cristales tensos, túrgidos, alzan
arcos de perfección, mediodías, altas verticales sonoras,
cabalgando silencios, poniendo máscaras de oro
a las hondas simas donde todo es la noche.
¿Acaso
los antifaces no cumplen su misión suficiente?
¿O es que
tú mismo —pobre de ti— desconoces incluso
el punto en donde debe desvelarse la aurora?

En el minuto exacto, en el átomo temporal preciso,
la palabra te pide, desgarrada, su puesto.
Déjala
salir. Inyéctala de tinta sobre un papel en donde
ese verso no deba dirigirse hacia arriba
ni hacia el fondo; sin línea, sin perfil, sin banderas.
Donde la palabra pueda nacerse a sí misma, gritar
a lo largo de páginas mudas calientes temblores,
—la soterraña imagen de ti mismo.
Tú sabes
—sí, tú lo sabes— que tenías el corazón encinta
madurando —como fruta roja que es— silencios gritadores
que numerosamente (pero débiles todavía)
se sentían llegar, creciendo, empujando, pidiendo vida,
exigiendo la forma, la necesaria forma a que tienen derecho.

Ábrete, pues. Di, canta, grita.

Pero será necesario
que, primeramente, la honda herida alumbradora
sangre.

## 2

Estoy bajo los castaños, en la remota soledad, perdido.
(Ésta es la simple, primera, fiel verdad desnuda.)
Y hay ese estúpido calendario veloz. ¿Acaso tengo
ya todos esos años que mi carnet de identidad supone?
Y esa sangre que me golpea —divinamente— el pulso
¿desde qué hondura mana?
Veamos. Volvamos a empezar.
Mediodía de julio bajo los árboles clementes. Fuga
de nubes, viento del oeste. Cincuenta grados fahrenheit,
y el lejano rumor de un Niágara que es el verdadero
Niágara, aquí, en la frontera del Canadá, abierta para
el amor de los hombres y el barato placer de los turistas.

El ancla mía, ¿en qué bajíos se encalla?
Y, ¿por qué aquí, precisamente, donde soy una isla
asediada de extrañas palabras que apenas comprendo?

Lo que gotea dentro de mí no es el aire que se respira,
ni ese paisaje, la Gran Pradera, en la que no me conozco,
ni siquiera ese reloj que se empeña en marcarme la hora.

En lo profundo, en lo más profundo, como una mina,
como una grande y tenebrosa caverna; como un abismo
que me cupiera en el corazón, me voy sintiendo,
implacable y creciente la terrible presencia.

Hasta aquí quise y pude llegar, como un reciennacido
eterno, niño que se divierte con juguetes de aire,
pidiéndole más vida a cada nuevo momento de vida,
con la seguridad tranquila de mañana, inventando
futuros de color arcoiris, proyectos de existir,
arquitecturas altas, geometrías corpóreas, hijos.

O rayando cristales en los atlas abiertos
bebiendo, sucesivamente, trópicos dulzones y nieves de los fiordios
de las Escandinavias pálidas que tienen
los ojos tan azules...
Ahora —¡con qué honda conciencia!—
me persigue el ayer, ese fardo difícil.

## 3

Cabalga, pues, corazón, en sentido contrario,
espuela, rienda, brida, cincha de húmedo cuero
sudoroso, montura, fatigada del trote, salto ecuestre
sobre la nada, sobre la cima imposible
sobre la ruta inútil, sobre el futuro vacío.

Todavía, estatua impávida, una engañosa apariencia,
un minuto precioso, en el arduo fiel de la balanza,
me ofrece la mentira de un instante en la cúspide.

... Pero los horizontes están todos abajo,
hacia la muerte.

El tiempo es la conciencia que nos agrava el alma,
los relojes caminan, aunque destrocemos su esfera,
sólo el tic-tac del corazón se parará, enfriado,
para volverse un fruto cárdano y podrido.

¡Oh movimiento atroz, desmandado galope
—horas, cristal, amor, sosiego, envidia, amor,
"mañana", "hasta otro día", "hasta el año que viene"—
historia que ha de hacerse, pero no para mí.

Cabalga, pues, corazón. Lanza tu lazo
corredizo sobre el viejo fantasma sin memoria
(¿mi juventud sin duda?) y arrástralo, bien atado a tu montura,
compañía de ayer, fatigado pretérito.

Capitán vencedor de batallas de niebla,
(las estrellas perdidas, los laureles inútiles)
eres un poco de hoy entre las manos,
chispa de luz que a convertirse en carbón se dispone.

## 4

Y todavía, ¡oh Dios! he de decirte ¿por qué me abandonaste
al goce de mis sueños, al juego de los mapas?
¿Es que has querido darme la ancha medida, la completa
hermosura del mundo, para que mi nostalgia sea
más honda e incurable? ¿Para que mis adioses
alcancen un temblor y un sabor más amargo?
Tántalo cuya fruta pude alcanzar redonda
en la multiplicada profusión de horizontes;
arboledas de plata, lentos ríos dormidos,
y una sonrisa en cada una de tus ciudades
que se reflejarán en la final mirada
tras de la cual no habrá colores, brisas, pájaros.

Perdóname no haberte agradecido bastante
tantas horas de luz, tan dulces geografías
que me iban anclando el corazón volátil
arrastrado de amor por la ruta siguiente,
donjuaneando el mundo con el fuego sin límite
y la espera engañosa de otra clase de amor.

Más que pedí me has dado. Quise andar y me diste
alas sobre motores de aluminios perfectos
e squiadores ágiles sobre pistas de nubes
que yo veía como Tú las ves, desde lo alto.

¿O has querido que muera conociendo, gustando
la inmensidad de tu caleidoscopio
para agrandar la pequeña moneda
de mi renuncia última?

## 5

Si navegar estimas necesario
altas y transilvanas geografías;
si —bendito de Dios— astronomías
alcanza tu cristal extraordinario;

si te seduce el universo vario
cruzado a pie o en avión de plata;
si el mundo se te ofrece y se desata
como un inacabable abecedario,

pídele a Dios que el momentáneo sueño
ahonde en la raíz de tu camino,
que habrá de ser, como tu fe, pequeño,

igual que tu esperanza, peregrino
que has de acabar como un azor sin dueño
en la estación final de tu destino.

*(Buffalo, New York, 1965)*

*A mi hija Aurora,*
*ayuda en mi lejana soledad (1964-1965)*

# II. POEMAS DEL NORTE DE AMÉRICA

## DESPIERTO

Una lenta cuchillada,
una lenta, suave cuchillada de luz,
me presiona los ojos,
me separa dulce, insistentemente los párpados;
pugna por abrir la pupila hondamente entregada a su sueño,
por desvelar el iris tranquilamente inundado de sombra,
por dilatar la honda llaga de luz diurna,
la despertada conciencia que se fabrica de formas,
que, lentamente, percibe
el reloj sobre la mesilla, el libro también dormido,
un pedazo de ayer, la carta recibida
y el sobresaltado acecho de las cosas
que desencadena la memoria, ya en marcha,
ya cabalgando, cada vez más deprisa,
como un motor, cuando, frío,
el pie en el acelerador estremece y calienta
hasta ese zumbido impaciente de la puesta en camino;
entonces,
percibo que el vaso es de cristal apagado;
que, por la ventana, entra una luz violeta;
que el semáforo —verde-rojo-limón— sigue palpitando,
en vela infatigable,
como el corazón mismo que hace unas horas
sentí palpitar en mi almohada, única fe de vida,
en la noche profunda de lo oscuro,
en la noche profunda del silencio;
y, lentamente,
paseo la mirada por la realidad evidente del mundo,
reconozco mi cuarto,
y me encuentro muy solo.

*(Buffalo)*

## DESDE LA VENTANA

Habrá que matricular a esa ardilla
que todas las mañanas me saluda desde su abeto,
que deja el rastro de su misma cola
sobre la nieve, igual que una imagen retardada de su propia fuga,
y sabe tantas cosas
de los muchachos y muchachas que se sientan sobre el césped.
Es la única,
la imperturbable escrutadora,
vigía de los tiempos, totem de cada mes,
amiga mía,
única que conoce la honda soledad del peregrino;
única con la que ha dialogado
en los largos meses de la soledad y del frío;
en los meses lejanísimos,
cerrados; en la extraña prueba de la distancia;
en la adolescencia escolar recién nacida
de nuevo, ensayando
ser otro; incorporando silencios de los libros a silencios del alma;
estrenando hermosuras.
Pero ella
sabe cuanto le he dicho,
y me guarda el secreto.
Examinadla
de poesía. Se la sabe toda.
Pero no.
Dejádsela expresar con su silencio.

*(The State University of New York, Buffalo)*

## ENCUENTRO CON LA INFANCIA

Sí, yo había estado aquí,
—¿no es cierto, padre?— yo había estado
mientras mi cuerpo dormía en un rincón de España,
después de haber leído "La pradera" o "Sitting Bull".
¿No es verdad que yo había cabalgado
caballos de ébano húmedo y palpitante,
acercándome a las cabañas de los indios,
y alejándome de los hondos ríos,
de los grandes lagos,
entre disparos de revólveres de niebla?

Yo reconozco ahora,
orillas del Ontario, oyendo el Niágara,
el viejo fuerte de madera
incendiado por las flechas en llamas
que, a última hora,
libertará el "cow boy" valeroso.

Soy este extraño hombre
cuya infancia no existe y que, de pronto,
se la encuentra —jirón inesperado—
en esta remota frontera helada
del Canadá y los Estados Unidos,
como un fantasma pálido
que enarbolase el rifle del recuerdo,
disparando, en la bruma, sus salvas a la muerte.

*(Toronto, Ontario)*

## EL NIÁGARA, HELADO

Gigante inmóvil, la espuma endurecida,
por la mano de Dios, atónita, a medio abismo, cesa,
casi resquebrajada por la corriente recóndita,
sobresalto de hielo, entre vuelo y caída.
Encadenada furia, aguardas el instante
de sol, que tornasole el chorro
y lo haga rugidor, de nuevo catarata.
Mientras, escultura increíble, petrificas
tu gesto;
detenida amenaza y asombro interminable.

*(Niagara Falls)*

## HONDO NUEVA YORK

Mirad a los sótanos.
Son rascacielos al revés, hacia lo hondo,
hacia lo negro.
Tienen sus ascensores
que entrañan al hombre al corazón oscuro
de la tierra, donde hay máquinas
silenciosas, tremendamente eficaces, que fabrican
aire puro, calor de hogar, frescor de nieve
—todo al servicio del cliente—;
en estas máquinas
hay hombres sudorosos que controlan relojes,
manómetros de esferas turbias,
agujas imantadas que señalan presiones de atmósferas
cuyo estallido agrietaría la tierra.
Cincuenta pisos hacia arriba
—ya en el reino del aire— en la oficina
doscientos veintisiete,
Míster Smith pulsa el botón de níquel
para que el aire adquiera transparencia
y aquel ligero tornasol azul
—que tan bien le sienta a la secretaria—
creado para la mejor eficacia de sus números.
Cincuenta pisos hacia abajo,
la máquina responde,
y, a su lado,
un hombre que no tiene número
se enjuga el sudor, con un sucio pañuelo.

*(New York)*

## CEMENTERIO DE ARLINGTON

Colina en flor, desmayándose, lentamente hacia el río
—el Potomac, espejo de los mármoles,
frontera de las cúpulas que gobiernan el mundo—
reteniéndose en su propia geografía tranquila;
colina en flor, desmayándose,
abrazando en su entraña, tibia y húmeda tierra,
al varón que estrenaba a cada hora sonrisa.
La blanca verja, la sencilla valla que encuadra
la sombra de tu cuerpo, John, no te limita,
porque tú eras sin límite, cual tu propia esperanza.
Porque tu misma juventud derribada
se ha sembrado en la tierra, simiente prodigiosa,
para que multiplique tu gesto afirmativo.
Porque de tus raíces
bajo el verde césped, soterrañas, al río
llegará tu mensaje, y el agua
del Potomac, tranquilo como un espejo,
transmitirá a las cúpulas de los capitolios
tu sonriente fe sin límites, superior a la muerte.
Salud, capitán,
horizontal tranquila bajo la vertical enhiesta
de la bandera en llamas.

*(Washington, D. C.)*

## PRIMAVERA EN INDIANA

De pronto, porque sí,
estallido malva, brote en flor, olmo poblado,
alegría sin número,
risa en el "Jordan River", que relumbra,
bajo la sombra azul de una mirada joven
—¡oh muchacha de luz!—, bajo los árboles
clementes, bajo las nubes que han lavado el cielo,
porque sí, porque sí,
por la real gana del mundo,
porque la hora es dulce,
y hay una rumorosa palpitación de abejas.
Miro crecer el día
no desganado ya, sino creciente
en ímpetu de sol; voy contemplando
—descubridor voraz— ese milagro,
ese estallido lento de las cosas; esa
crepitación hondísima que hace
la semilla al agrietarse y dar a luz el fruto;
esa música enterrada en los surcos;
esa palabra que suena como "mañana".
Me recobro a mí mismo,
abro el cristal cerrado del invierno,
me asomo al aire, al pájaro, a la luz.
¡Dios mío!

*(Bloomington)*

## EN EL MAPA SE OYE CANTAR

Esta es la vieja, dorada California de Fray Junípero Serra,
tal como cantan los viejos nombres de su mapa estelar
—Montecito, Sal-si-puedes, Marina del Rey, San Diego—
y el mismo mar, con su mismo cantar.
Por aquí llegaba el galeón de Manila
—marfiles, sedas, cinamomo, incienso— con su cantar;
y la tierra era, por primera vez, redonda
y, al rodearla, se nos oía cantar.
Cantan los viejos nombres en el mapa,
pero ya no canta el cantar.

*(Santa Bárbara, California)*

## ME QUISE QUEDAR

¿Abanico de luz? ¿Risa de espuma?
Verticales las calles ¿para alcanzar el cielo?
En San Francisco,
en el viejo tranvía,
en el viejo funicular de San Francisco,
he encontrado un poquito de Europa,
un poquito de Asia,
un poquito de América.
He encontrado
ángeles de camino, custodios de la ruta,
gracia antigua y música moderna.
Sales
de mar, nácar en flor, palmas tranquilas,
sobre bahías gráciles;
oro de arena, luz.

Y hondas penumbras, dulces, consteladas
de dragones de oro, sobre sedas azules,
y ese viejo marinero borracho
cuya última singladura
es la cloaca, la olvidada cloaca de la muerte.

En San Francisco, alfa y omega,
quise quedarme un día...

*(San Francisco, California)*

## HOLLYWOOD

¿Y aquí, en estas grises geometrías,
se fabricaron los sueños niños de mi cine de barrio?
(Dos y dos son cuatro; cuatro y dos son seis.)
En el museo de cera del cine mudo
los artistas confirman su silencio
su rígido silencio, para siempre,
y se les ve, en la grieta del maquillaje,
la honda herida del tiempo.
Rubia muñeca de tirabuzones,
intrépido vaquero de cuadradas mandíbulas,
¡qué bien que el despertar llegue tan tarde!
(Dos y dos, ¿son cuatro? Cuatro y dos, ¿son seis?)

*(Los Ángeles)*

## NOCHE EN LAS VEGAS

Palmas de luz eléctrica, rascacielos fingidos
en la noche, ruleta de astros, ¿dónde?
Los cactus del desierto, en la penumbra,
erizan las púas tristes de la verdad cenicienta
y aguardan su venganza, con la luz lívida,
implacable, del alba.
Pero ahora, entretanto,
dejad que siga el juego, la bolita que rueda, el dado ebrio,
la máquina que roba, la canción recién llegada
de París, el bailarín fantástico,
la sonrisa contratada a cien dólares
por segundo, asegurando
felicidad al seis por ciento
al honrado vaquero de Oklahoma.
Dejad que siga el juego;
hay tanto gris cemento
en las almas monótonas, en las desoladas vidas,
encuadradas
en las tremendas cuadrículas de la eficacia,
que bien merecen
los honrados vaqueros de Oklahoma
esta dulce mentira.
Que se alce
el telón: "¡Luz!" Y algo de música de fondo.
Mañana,
el desierto ceniza recobrará su imperio;
pero, acaso,
el sueño se parezca a la verdad.

*(Las Vegas)*

## IMPROMPTU EN EL ÁLAMO

¿Se oye el sonar de los duros estribos? ¡Cuántos caballos,
suelta la crin, atraviesan el viento!
La tierra amarillea, calcárea; ya no existen
los jinetes, la tradición heroica, el lazo ágil.
Y, sin embargo, esos anchos tejanos, bajo los grandes sombreros,
pisando fuerte, son un poco la leyenda de ellos mismos.

Aquí, en San Antonio de Texas,
los muros virreinales de España vieron correr la sangre
y hay cicatrices en las piedras ilustres.
Aquí se construyó historia.
Nada menos.

*(San Antonio, Texas)*

## NIÑA NEGRA EN EL AEROPUERTO

Esta niña de nueve años, negra, dulcemente espigada,
que empuja el cochecito de su hermana menor, recién nacida,
centra los níqueles y los aluminios del aeropuerto,
los bruñidos mármoles, los perfectos relojes,
porque ella es una sombra de tinta oscura,
un grito de remordimiento sobre las máquinas aceitadas,
un lento, interminable, mudo sollozo,
que surge de la córnea blanquísima, de la mirada triste
con que ella se da cuenta ya —no su hermanita pequeña,
inconsciencia dormida, ovillo de noche sin aurora,
todavía sin lágrimas—;
pero ella
ha visto cómo en los periódicos de hoy
los grandes, los generosos hombres rubicundos
han declarado su amor para los negros
mientras continúen siendo sus limpiabotas;
contempla a la abuelita, beata-negra-gorda-sonriente,
al padre, de mandíbula tensa,
a la madre de melancolía ya incurable,
y recuerda las horas de la escuela donde telarañas de odio
envuelven los juegos infantiles.
Entre tanto, los aluminios y los níqueles,
los "jets" y los relojes
marchan perfectamente...
mientras ella
empuja el cochecito, en el que han de prolongarse sus lágrimas.

*(Chicago)*

## CUATRO MILLONES DE LIBROS

Transito por el hondo laberinto
cuyas paredes están hechas de cuatro millones de libros.
Una mano increíble, una larga voluntad sostenida,
ha traído estas páginas, y las ha colocado sobre la llanura,
junto a un césped que transitan los jóvenes.
Universos portátiles
me llaman, claros, con alfabetos diversos,
dóciles a la entrega, disciplinadamente
inmóviles en sus estanterías.
Gritan
sus verdades. Vienen de remotos países,
de hondas, olvidadas centurias; extrañamente
fieles a sí mismos, a su letra, a su espíritu.
Yo transito en silencio, en el asombro.
(Yo,
escritor pequeño, también estoy aquí, con los otros,
esperando al amigo nuevo que no creí tener nunca,
que me leyó, cuando yo estaba ausente, y que ahora
me descubre a mí mismo...)
Esta remota América
bebe, con sed inmensa, esos libros sin número.
Y el viajero, atónito, pone una cruz en el mapa.

*(Urbana, Illinois)*

## EN NUEVO MÉJICO

Aquí está la muerte.
Bajo esta tierra amarilla, levemente aplastada,
bajo estos alcores tímidos de barro,
que se llaman en el mapa Nuevo Méjico,
laboratorios terribles ensayan nuevos juegos de muerte.
Bombas de espanto, para agrietar la tierra;
gases de horror, con que asfixiar al mundo;
lágrimas multiplicadas por billones.

Voy por la carretera de Albuquerque
a Santa Fe, en la desolada, geológica, desnuda
horizontal de que se hacen las casitas de adobe
de los indios, que enterraban
a sus muertos, uno por uno —todavía— sentándolos,
mirando al cielo;

los veo pasar, bajo los porches de Taos,
la mirada indiferente, sin historia,
atónitos y mudos, despreciándonos.
Fieles al barro y al telar, tercamente fieles
a la pobre tierra nutricia y suficiente.
A la tierra invadida
por esos hombres asépticos, tan sabios
de números terribles;
tan ignorantes del saber sencillo
con que se hace un vaso de cerámica
que contenga un poco de agua,
un poco de amor.

*(Albuquerque, New Mexico)*

## CANCIÓN DE NUEVA ORLEANS

En el "Mark Twain", barco de ruedas,
llegué un día a Nueva Orleans.
En sus balcones de hierro
vi a la negra Trinidad.
Trinidad
ya no canta su viejo cantar; ni se huele a chocolate tibio
en la vieja "rue Royal";
y, sin embargo,
el "flamboyant" enciende sus ramas,
y sabe a azúcar tropical;
y, sin embargo,
canta en el mar una canción de Francia
y llega de la Luisiana un olor a azahar,
y el algodón nieva las manos
de la negrita Trinidad.
Pero, ¿qué pasa? ¿qué sucede?
por el gran río, por el gran mar,
—Mississipí, Golfo de México—
canta en voz baja Nueva Orleans.
Canta en voz baja
—pena profunda, sudor de negro—
Nueva Orleans.

*(New Orleans)*

## LAS TUMBAS ALERTADAS

Boston se ha puesto hoy
gentil, para enamorarme,
el húmedo boá de plumas grises,
su velo ilusión-perla,
su wildeana túnica malva
y aquella orquídea que tan bien le sienta
en los crepúsculos violeta.
Verlenianamente, la ciudad antigua
me llueve el corazón, y yo me siento
perdidamente —¿o no se dice así?— embriagado.

Mas, de pronto, la veo
tras sus casas oscuras, color tiempo,
orgullosa y distante
envuelta en su "mac-ferlan" de niebla
y en sus pálidos pergaminos ingleses.

Sólo en sus pequeños cementerios
advierto, bajo banderas con estrellas,
que aquellos insoportables dandies
de cuello almidonado y corbatas difíciles
enseñan cómo no reposa
su voluntad de ofrecernos su muerte
por la libertad de América,
y del mundo.

*(Boston)*

## CRUZANDO LOS MONTES APALACHES

Cuando Dios, con un soplo, arruga los paisajes,
para que corra el agua inventando ser río
y una muchacha pueda desdoblar su belleza
viendo como navegan por sus claras pupilas,
barquichuelos insólitos, las nubes de los cielos;
cuando los bosques hondos, socorro de los pájaros,
emiten, misteriosos, sus rumores ocultos;
cuando los verdes húmedos multiplican sus joyas
en los quietos espejos de los lagos,
entonces
el Viajero piensa en sus llanuras áridas
e imagina que Dios, así en un cuento antiguo,
podría hacer volar, como una alfombra mágica,
ese manto esmeralda de ramajes y nidos
y cubrir con un gesto de infinita ternura
la desolada imagen de su tierra caliza,
de su resquebrajada, mineral, entrañable
patria remota hincada en el espíritu
como una calcinada y augusta bandera.

*(Springfield)*

## EL NIÁGARA DESDE EL CANADÁ

Hoy es fiesta.
El mismo Dios ha puesto
colgaduras de plata en los balcones,
que se derrumban (honda música de fondo,
que impide oir el grito de los ahogados)
rugidoramente estallando
en la roca final,
en el abismo último,
su furia de penacho destrozado.
Un relámpago hermoso y fugitivo
brilla al sol un momento,
soberbia banderola de espuma,
colérica saliva espumeante,
maldición de cristal, ya desangrado
en el cárdeno, lívido torrente
que serpea en el fango.
Cuando llega la noche
los proyectores pintan
caleidoscopios de calcomanía
en la tragedia augusta
de la majestad
derribada
del agua.

*(Hamilton, Ontario)*

## LAS FRONTERAS DE AGUA

"Mil Islas".
¿Una para cada una
de las Mil y Una Noches?
Nos queda
una Noche sin Isla,
estuche de terciopelo oscuro
para llenarlo con la esmeralda fluida
del río San Lorenzo.
Enhebrémonos
entre esos navíos anclados
donde los abetos quieren ser mástiles
y donde cada nube
sueña en ser una vela
que navega
hacia el mar.

*(Saint Lawrence's River)*

## CASITAS DEL VIEJO CANADÁ

—Somos la reciente Edad Media,
nuestra historia tenaz de pastores y cuákeros,
cazadores de zorros argentinos,
arponeadores de ballenas;
modestamente somos
nuestro velar los caminos del indio
con el rifle alertado;
nuestras largas noches nevadas,
y las empalizadas que las flechas incendian.
La cuna en el trineo
transportando, aterida, nuestra propia esperanza.
Somos
nuestro pequeño y tenaz heroísmo,
nuestra inmensa Patria extendida
bajo los hielos y entre los mares,
y aquel poco de amor de madera de abeto
que construyó y calentó nuestras casas.

*(Upper Canadá Village)*

## POBLADO INDIO

—Somos los que éramos. Los que fuimos.
Las tiendas cónicas, que arrancó el viento;
los totems verdes, rojos y azules,
que encerraron los hombres pálidos
en sus museos de cristal y mármoles,
somos nosotros.
Un pájaro de fuego
robó en su pico las insignias de la tribu.
Amasamos silencio.
Ni siquiera
nos han quedado lágrimas.

*(Caughnawaga de los Iroqueses)*

## AL FONDO, INGLATERRA

El batallón de abetos
presenta armas a los uniformes
escarlata de la Real Policía
Montada, que anticipan, sobre el fondo verde,
los colores del heroísmo.
El césped
apaga el tambor de los cascos equinos,
como el gris-perla de esas nubes
suaviza los azules del cielo.

Suena el "God save the Queen"
con la sordina de la distancia.

*(Ottawa)*

## "VIEUX QUARTIER"

Bajo las mansardas grises
un París pequeñito
se ha trasvolado sobre el mar azul
y ha puesto
unas flores de lis sobre el escudo.

"Chez Pierrot Gourmet",
el rosado borgoña
alegra el corazón del caminante
con un viejo sabor que sabe a Francia.

*(Montréal)*

## CHATEAU DE FRONTENAC

Desde la Isla de Orleans
saludo a los bastiones de Francia que alzan sus almenas
donde ya no flamean las banderas del Rey.
  Huérfanos de su historia
miradles navegar sobre el olvido
alzando, desesperadamente,
sus flordelisados escudos,
sus viejas canciones provenzales;
repitiendo tras el espejo del mar
los céspedes tiernísimos
de Bretaña y de Normandía
entre un vaho de niebla
y un redoblar de tambores soterrados.

*(Quebec)*

## CANCIÓN DEL REGRESO

Todos los aeropuertos del mundo
tienen la misma señal:
banderas de sombra y níquel
de salir y de llegar;

todos los mares del mundo
poseen la misma sal:
esencia de adiós y lágrimas
y olas cansadas,
de esperar;

todos los bosques del mundo
ocultan dentro un cantar:
las ramas se tornan pájaros,
los pájaros un volar.

Y todos los corazones
alientan un palpitar:
amor, esperanza y duelo,
y vuelta a empezar.

# ÍNDICE

# ÍNDICE


| | | Pág. |
|---|---|---|
| I. | La soledad caminante | 9 |
| II. | Poemas del Norte de América | 19 |
| | Despierto | 21 |
| | Desde la ventana | 23 |
| | Encuentro con la infancia | 25 |
| | El Niágara, helado | 27 |
| | Hondo Nueva York | 29 |
| | Cementerio de Arlington | 31 |
| | Primavera en Indiana | 33 |
| | En el mapa se oye cantar | 35 |
| | Me quise quedar | 37 |
| | Hollywood | 39 |
| | Noche en Las Vegas | 41 |
| | Impromptu en El Álamo | 43 |
| | Niña negra en el aeropuerto | 45 |
| | Cuatro millones de libros | 47 |
| | En Nuevo Méjico | 49 |
| | Canción de Nueva Orleans | 51 |
| | Las tumbas alertadas | 53 |
| | Cruzando los montes Apalaches | 55 |
| | El Niágara desde el Canadá | 57 |
| | Las fronteras de agua | 59 |
| | Casitas del viejo Canadá | 61 |
| | Poblado indio | 63 |
| | Al fondo, Inglaterra | 65 |
| | "Vieux Quartier" | 67 |
| | Chateau de Frontenac | 69 |
| | Canción de regreso | 71 |

Acabóse de imprimir en Gráficas "San Andrés" el 8 de junio, festividad de San Salustiano. Consta la edición de 300 ejemplares, 100 de ellos no venales para el autor, y el resto, numerados del 1 al 200, y estuvo al cuidado de María Cristina Caffarena

LAUS ✠ DEO

Ejemplar № 000156